



JOSÉ M. CASTILLO

EL EVANGELIO
MARGINADO

Desclée De Brouwer

José M. Castillo

El Evangelio marginado

Desclée De Brouwer

© José M. Castillo, 2019

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S.A., 2019

C/ Henao, 6 - 48009 BILBAO

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3020-7

Depósito Legal: BI-1948-2018

Impresión: Grafo S.A. - Basauri

¿Por qué necesitamos “otra iglesia”?

Descárgalo gratis en edesclée.info con el código:

OTRAIGLESIA3020

Índice

Introducción	11
1. El Evangelio desconocido	19
2. Evangelio para ricos y poderosos	61
3. Una cristología que prescinde del Evangelio	75
4. El seguimiento de Jesús, centro del Evangelio	87
5. Fe y seguimiento de Jesús	105
6. El seguimiento de Jesús vivido y confundido	123
7. Evangelio, religión y tristeza	137
8. Religión y Evangelio: ¿son compatibles?	151
9. Sacramentos de la Iglesia y mandatos de Jesús	165
10. La muerte de Jesús	185
11. La Iglesia rota: los privilegiados y los olvidados	197
12. La Iglesia y el dinero	217
13. La Iglesia y el poder	235
Conclusión	257
Bibliografía	265

Introducción

De entrada, afirmo que la Iglesia vive en una contradicción que es la peor de todas las contradicciones en las que puede vivir. Porque se trata de la contradicción entre la Iglesia y el Evangelio. Esta afirmación parecerá, sin duda, demasiado fuerte. Y no solo fuerte, sino además exagerada y falsa. Es un asunto, por otra parte, extremadamente delicado, serio, incluso grave y con el que hay que tener mucho cuidado.

Sin embargo, reafirmo lo dicho. No pretendo decir que todos los cristianos o todos cuantos pertenecemos a la Iglesia vivamos en contradicción con el Evangelio. Eso sería una afirmación universal que no se puede hacer, porque sería una falsedad patente. En la Iglesia hay muchos seguidores de Jesús que se esfuerzan por ser fieles al Evangelio. El problema no es asunto de comportamientos individuales. Se trata de algo mucho más serio y profundo, que mucha gente no imagina.

Lo indico de forma muy resumida. El Evangelio es “teología narrativa”. Con esto quiero decir que hay dos formas de hacer teología: 1) Hay una *teología especulativa*, que es la que se hace mediante ideas, especulaciones y discursos más o menos razonados. Esta es la que encontramos en la mayor

parte de los libros de teología, en los tratados, los manuales, los catecismos, etc. 2) La teología narrativa es la que se hace mediante relatos tomados de la vida diaria, en los que lo determinante no es la historicidad, sino la significatividad. De ahí que, cuando leemos los evangelios, lo que importa no es si lo que relatan ocurrió o no tal y como nos lo cuentan. Lo que importa, y lo que por tanto interesa, es lo que significa y representa el relato, lo que nos quiere decir y lo que nos enseña para nuestra forma de vivir y nuestro proyecto de vida.

Por lo que acabo de decir se comprende la singular importancia y la significación que tiene, en la opinión pública, el papa actual, el papa Francisco. Un hombre tan especialmente apreciado y tan pasionalmente rechazado. Exactamente lo mismo que le ocurrió a Jesús, según relatan los evangelios. A Francisco, como originalmente a Jesús, lo aprecian y lo buscan los pobres, los enfermos, los ancianos, los niños, los que sufren o se ven excluidos. Y al mismo tiempo, sobre todo en no pocos ambientes clericales, a este papa lo rechaza el clericalismo fanático, que quisiera verlo jubilado o difunto. Jesús de Nazaret no dejó a nadie indiferente, como le ocurre al papa Francisco.

¿Por qué esta aceptación y este rechazo? Y conste que, como ocurre en el caso del papa Francisco, la Iglesia ha tenido y ha vivido tantos otros que son enteramente similares. El caso de Mons. Romero, en El Salvador, fue bastante similar. ¿Por qué?

Es un hecho que la Iglesia vive en una contradicción importante. Es doloroso reconocerlo, y confieso que, durante años, me he resistido a aceptar esta contradicción. Pero se trata de un hecho tan evidente y de consecuencias tan graves, que negarlo –o quitarle importancia– solo se puede explicar

INTRODUCCIÓN

desde la intolerancia, el fanatismo o simplemente la ignorancia injustificable del que se piensa que es cristiano, cuando en la realidad de la vida resulta dudoso que lo sea.

¿De qué contradicción estoy hablando? Me refiero a la contradicción entre lo que la Iglesia dice y lo que la Iglesia hace en cuestiones fundamentales que se refieren a planteamientos y problemas centrales que encontramos en los evangelios. Se trata, en definitiva, de la contradicción entre la Iglesia y el Evangelio. Una contradicción que, con demasiada frecuencia, los “hombres de Iglesia” (por acción o por omisión) despachan marginando el Evangelio. Un hecho tremendo, básico, que se viene haciendo desde los orígenes del cristianismo. Y se hace como la cosa más natural del mundo. Como lo que se tiene que hacer. Con la aceptación o la tolerancia de todos. De forma que, en este asunto tan fundamental, todos somos cómplices.

Esto explica el título del presente libro: *El Evangelio marginado*. Marginado, ¿por quién? Por la Iglesia. Por todos los que nos consideramos creyentes en la Iglesia o pertenecientes a la Iglesia. Ya sea por acción o por omisión. Porque lo hacemos con nuestra conducta, o lo consentimos con nuestra pasividad y nuestro silencio.

Con esto no pretendo decir que se margine todo el Evangelio. Una afirmación de este calibre se tiene que matizar cuidadosamente, para no incurrir en falsedades que podrían resultar extremadamente graves. En todo caso, este tipo de afirmaciones tienen mucho de verdad. Jesús mismo, según el evangelio de Mateo, dijo: ¡En la cátedra de Moisés han tomado asiento los letrados y fariseos!... no imitéis sus obras, porque ellos dicen, pero no hacen (Mt 23, 1-3). Como se ha dicho por uno de los más autorizados especialistas en estos temas, la expresión “los letrados y los fariseos...” indica que el Evangelio los conside-

ra en su conjunto. No le interesa saber “si hay letrados y fariseos buenos a los que no van dirigidos los duros reproches de Jesús”¹.

Pues algo parecido ocurre en el tema que estamos tratando en este libro. Por supuesto que hay curas ejemplares y cristianos que son sencillamente heroicos. Pero también es verdad que la Iglesia, en su conjunto, sabe que en determinadas cuestiones importantes vive lejos de la ejemplaridad de Jesús y, a veces, incluso en los antípodas del Evangelio. Mientras haya obispos viviendo en palacios o clérigos que se visten de manera que aparecen así ante la gente como personajes elegidos, selectos o distintos², y mientras eso se siga viendo con naturalidad y como algo lógico en amplios sectores del pueblo cristiano, ¿cómo va a ser creíble el “Evangelio que se predica en la Iglesia”?

En este libro sostengo que este problema –la contradicción entre la Iglesia y el Evangelio– es más grave y mucho más preocupante de lo que seguramente imaginamos.

De momento me limito a recordar que el Concilio Vaticano II, en la *Constitución sobre la Divina Revelación*, afirma: *Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe* (Rom 16, 26; cf. Rom 1, 5; 2 Cor 10, 5-6)³. Pero, por otra parte, el mismo concilio (y en el mismo documento) establece este criterio determinante: *Nadie ignora que, entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, los evangelios ocupan, con razón, el lugar*

-
1. Ulrich Luz, *El evangelio según san Mateo*, vol. III, Salamanca, Sígueme, 2003, 391.
 2. Peter Brown, *Por el ojo de una aguja*, Barcelona, Acantilado, 2016, 371; 1014-1015; B. Jussen, *Name der Witve: Erkundungen zur Semantik der mittelalterlichen Busskultur*, Gotinga, Vanderhoeck & Ruprecht, 2000, 47-53, 176-198.
 3. DV, 5. Y el texto remite, en la nota 4, al Conc. Vaticano I, *Constitución dogmática de fide catholica*, cap. 3. DH (Denzinger – Hünermann), 3008.

*preeminente, puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo encarnado, nuestro Salvador*⁴. Es decir, el criterio de la Iglesia es que los evangelios son lo más importante que Dios ha revelado a los seres humanos. Por tanto, lo que nos relatan los evangelios tendría que ser lo primero y lo principal en la vida de la Iglesia, en su organización, en su estructura, en la gestión de su gobierno y en todo lo que a la gente le entra por los sentidos.

Así tendría que ser. Pero ¿lo es? Efectivamente lo es si nos atenemos a las meras enseñanzas teóricas. Pero, por desgracia, con frecuencia nos encontramos con importantes contradicciones entre lo que la Iglesia dice, en sus enseñanzas, y lo que la Iglesia hace en su forma de vivir, de organizarse, de estar presente en la sociedad, en lo que la gente ve y palpa en los ambientes eclesíásticos. Y lo más grave (y preocupante) de esta contradicción es que, en los países y culturas de tradición cristiana, tal contradicción se ve y se vive como una cosa natural, quizás incluso como “lo que tiene que ser”.

No le faltaba razón a Soren Kierkegaard cuando escribió en 1855: En la famosa catedral comparece el ilustrísimo, reverendísimo Geheimne-General-Ober-Hof-Praedikant (Predicador privado general superior de la Corte), el joven elegido por el mundo ilustre; comparece ante un círculo elegido, entre elegidos, y predica conmovido sobre un texto que él ha elegido: “Dios ha elegido a lo vil y lo menospreciado del mundo” (1 Cor 1, 28) –y no hay nadie que se ría⁵. Cuando lo ridículo, lo que nos tendría que provocar risa a carcajadas, nos parece o nos resulta enteramente natural, es evidente que estamos educados para aceptar la falsedad con naturalidad hipócrita.

4. DV, 18.

5. Soren Kierkegaard, *El instante*, Madrid, Trotta, 2012, 95.

En todo caso, lo cierto es que con frecuencia nos enteramos de hechos y situaciones de auténtico escándalo. Cosas que, en tiempos pasados, se ocultaban, pero que ahora ya no es posible seguir tapando. Y de sobra sabemos que hay grandes sectores de la población que no quieren saber nada ni de la Iglesia, ni de la religión. Pero lo extraño y sorprendente es que los “hombres de Iglesia” siguen adelante, quizá pensando que la culpa del rechazo, cada día más generalizado, de todo cuanto suena a religioso y sagrado, está en los progresistas, en los izquierdosos, en todos los que no están dispuestos a mantenerse fieles a las tradiciones y costumbres que nos enseñaron nuestros mayores.

El hecho es que, sin saber por qué, se repite y se perpetúa lo que leemos que ocurrió en vida de Jesús. Los sumos sacerdotes, los sacerdotes sin más, los maestros de la Ley, los escribas y fariseos, todos estos grupos, los más religiosos y observantes del judaísmo del siglo primero, no soportaron a Jesús. Es más, vieron en Jesús, en lo que decía y en lo que hacía, la amenaza más grave para su propia subsistencia. Por eso rechazaron a Jesús lo insultaron, lo amenazaron, intentaron matarlo en más de una ocasión, hasta que llegó el día en que se dieron cuenta de que Jesús era para ellos una amenaza y hasta un peligro de muerte (Jn 11, 47-53). Dicho en pocas palabras: el “Evangelio de Jesús” y la “religión de los sacerdotes” son incompatibles.

Por supuesto que esta afirmación debe ser matizada, explicada y justificada. En concreto, es imprescindible aclarar lo que representa “la religión de los sacerdotes”, que tenía su centro en el Templo, con sus correspondientes rituales, sus sacrificios, el “lugar” (*tópos*), que designaba la ciudad santa (Jerusalén) o, más propiamente, el espacio sagrado, el Templo (Jn 11, 48)⁶, con

6. Jean Zumstein, *El evangelio según Juan*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2016, 495.

INTRODUCCIÓN

el que se enfrentó directamente Jesús, denunciándolo como una cueva de bandidos (Mc 11, 17 par), por causa precisamente de la actividad que allí realizaban, para el culto sagrado, los profesionales de la religión, los sacerdotes. Este enfrentamiento fue determinante en el juicio religioso que condenó a Jesús a muerte (Mt 26, 61; Mc 14, 58). Y el tema del Templo vuelve a aparecer en los relatos de la cruz, precisamente cuando los sumos sacerdotes pasan delante de Jesús agonizante y es entonces cuando, de nuevo, los profesionales de la religión echan en cara a Jesús su pretensión de destruir el Templo (Mt 27, 40; Mc 15, 29-32). Una postura en abierto contraste con la tajante afirmación de Esteban, el primer mártir cristiano: *el Altísimo no habita en edificios contruidos por mano de hombres* (Hech 7, 48).

Con todos los matices que sea necesario hacer para fijar exactamente lo que Jesús quiso decir en sus repetidos enfrentamientos con los jefes de la religión, se puede afirmar como sentencia fuera de duda que el Evangelio de Jesús y la religión de los sacerdotes son dos modos de buscar a Dios y de relacionarse con Él, que no se pueden armonizar y, mucho menos, fundir en un mismo proyecto. Y si esto, en los evangelios, fue tan decisivo que fue el factor destacado de la condena a muerte y ejecución de Jesús, se nos hace extremadamente difícil de entender cómo y por qué la Iglesia ha hecho compatible lo que el Evangelio de Jesús nos da claramente a entender que es sencillamente incompatible.

No se trata de que la Iglesia haya traicionado al Evangelio. Lo que sí creo que se puede –y se debe– afirmar es que la Iglesia, a lo largo de su historia, ha dado cabida (en su vida y en la gestión de su gobierno) a una serie de condicionantes y circunstancias que, al mismo tiempo que nos ha conservado el “recuer-

do peligroso y liberador”⁷ de Jesús, en cuestiones de enorme importancia ha marginado el Evangelio.

No digo, ni pretendo insinuar, que la Iglesia ha marginado todo el Evangelio, semejante cosa sería obviamente una falsedad y un despropósito sin pies ni cabeza. Sin embargo, lo que sí ha ocurrido, y sigue ocurriendo, es que en la Iglesia se marginan, se deforman o se quita importancia a temas, relatos, propuestas y exigencias de Jesús “que no interesan” o –lo que es más preocupante– “que estorban a las conveniencias” de quienes, desde cargos de poder, privilegio y fama, ejercen una potestad intocable y “sagrada”, que no se puede mantener sino marginando del Evangelio lo que les impide o dificulta ostentar su poder, su influencia social, su dignidad y sus privilegios en todo aquello que, disfrazado de evangelización, es en realidad un eficaz ejercicio de poder al servicio de intereses inconfesables.

¿Cómo se ha gestado este proceso que ha tenido como consecuencia dejarnos un Evangelio marginado, entendido y vivido en nombre de la religión? ¿Qué consecuencias ha tenido –y sigue teniendo– este hecho del que con frecuencia no somos conscientes de nuestra propia responsabilidad en este enorme equívoco que estamos viviendo? Es esto lo que pretendo analizar en este libro.

7. Johann B. Metz, *La fe en la historia y en la sociedad*, Madrid, Cristiandad, 1979, 100-110.

1

El Evangelio desconocido

¿Una Iglesia sin Evangelio?

El primer hecho extraño, que ocurrió ya en los orígenes del cristianismo, por lo que se refiere a la relación entre la Iglesia y el Evangelio, consiste en que la Iglesia nació, se organizó y empezó a vivir y actuar sin conocer el Evangelio de Jesús. No estoy hablando de una hipótesis. Se trata de un hecho enteramente seguro, por una razón que cualquiera comprende sin dificultad. La primera asamblea cristiana estable y organizada de la que tenemos noticia con ese nombre es la *ekklesía* (asamblea democrática)¹ de Tesalónica. Pues bien, la primera carta del apóstol Pablo a los tesalonicenses es del año 41², y en ella se menciona ya dos veces la “iglesia” (1 Tes 1, 1; 2, 14). Un término que después se repite con frecuencia en las demás cartas de Pablo, hasta la última que envió a los romanos, en los años 51/52³.

-
1. Para el significado del término *ekklesía*, en el NT, cf. la abundante documentación y bibliografía que aporta J. Roloff, en *Dic. Exeget. N. T.*, vol. I, 1250-1267.
 2. François Vouga, “Cronología paulina”, en Daniel Marguerat (Ed.), *Introducción al Nuevo Testamento* Bilbao, Desclee De Brouwer, 2008, 135.
 3. François Vouga, o. c., 135. Cf. Gerd Lüdemann, *Paulus der Heidenapostel I: Studien zur Chronologie* (FRALANT 123), Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1980.

En estos escritos, como es bien sabido, se habla de la Iglesia, de la teología que en ella se explicaba, de su incipiente forma de gobierno, de las normas que debían cumplir los primeros cristianos, de sus creencias más fundamentales, de sus asambleas o reuniones litúrgicas, etc. Pero lo sorprendente es que en aquella Iglesia, que se fue configurando durante más de veinte años⁴, no se mencionaba para nada el Evangelio de Jesús. Porque no podía mencionarse, pues hoy está bien demostrado que los evangelios, en la redacción que ha llegado hasta nosotros, se escribieron después del año 70⁵. Por lo tanto, Pablo no pudo informar a sus comunidades de cristianos sobre el contenido de los evangelios, por la sencilla razón de que, en vida de Pablo, no existían.

San Pablo no conoció a Jesús

Lo más importante –y grave– que ocurrió en aquellos primeros años de la Iglesia, consiste en que la mayor parte de las primeras comunidades cristianas, que marcaron la teología y la vida de la Iglesia, que tiene su origen y centro en Jesús, no tenían el debido conocimiento de que el tal Jesús había existido y de lo que eso representaba.

Pero lo que ha tenido (y sigue teniendo) consecuencias más graves para la eclesiología es que Pablo, el fundador de las primeras “iglesias”, no conoció a Jesús. Al Jesús histórico. El Jesús que era Dios en su condición humana. De ahí que, en la teolo-

4. La muerte de Pablo se suele datar en los primeros años 60. No es posible, con los datos que se conocen, fijar con más precisión ni la fecha, ni siquiera el año. Cf. Simon Legasse, *Pablo apóstol. Ensayo de biografía crítica*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2005, 267-272.

5. Joel Marcus, *El evangelio según Marcos*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2010, 36-38.

gía de Pablo, al no conocer al Jesús humano, el punto de partida del cristianismo y de la Iglesia no es el Jesús del Evangelio y su mensaje.

No es exagerado, por tanto, asegurar que Pablo pensó y organizó una Iglesia sin Evangelio. No tuvo otro remedio. Porque Pablo no sabía que existía ni que el Evangelio de Jesús se divulgaría por todo el mundo.

Aquí es importante recordar que, en su experiencia del camino de Damasco varias veces repetida por el mismo Pablo (Gal 1, 11-16; 1 Cor 9, 1; 15, 8; 2 Cor 4, 6) y que Lucas relata detalladamente en los Hechos (9, 1-19; 22, 3-21; 26, 9-18), no se dice que Pablo viera al Jesús que vivió en este mundo, sino a “un ser de ámbito divino”⁶. De ahí que Pablo se sintiera escogido para el Evangelio de Dios... que se refiere a su Hijo... constituido Hijo de Dios en poder... por la resurrección de entre los muertos: Jesucristo Señor nuestro (Rom 1, 1-4). Es evidente que aquí ya no estamos en el ámbito de lo humano (lo inmanente), sino de lo divino (lo trascendente). De forma que lo divino es lo que tuvo más peso y más presencia en su vida. Es decir, a lo divino se tenía que supeditar todo lo humano. Un planteamiento que, en teoría y para quienes tienen creencias religiosas, es correcto. Pero, si se pretende armonizar la teología de Pablo con la teología de los evangelios, no se pueden evitar algunas preguntas muy serias para las que no resulta fácil encontrar una respuesta satisfactoria.

6. Senén Vidal, *Pablo. De Tarso a Roma*, Santander, Sal Terrae (2ª ed.), 2008, 54; José M. Castillo, “San Pablo y los problemas de la cristología”: *Iglesia viva*, n° 241 (2010) 21-22.